

Ingreso a El Colegio Nacional

El laurel invisible

Vicente Quirarte

Un verso de Carlos Pellicer da título a la lección inaugural de nuestro colaborador y miembro del consejo editorial en su entrada a El Colegio Nacional. A lo largo de sus páginas se desarrolla el tema de la creatividad como elíxir de la eterna juventud, y el modo en que desde sus primeros años algunos de nuestros principales escritores han contribuido a levantar el edificio verbal que forma nuestra novedad y tradición.

I

La más elemental y renovada forma de celebrar los favores del mundo o la integridad humana puede contenerse en una sola palabra, espontánea, plural y obligatoria: Gracias. Expreso mi gratitud a El Colegio Nacional por considerar que mis capacidades puedan contribuir a los trabajos desarrollados por esta noble institución cuyo adjetivo lo confirma como parte sustantiva de México.

Gracias a quienes inicialmente propusieron este ingreso: Miguel León-Portilla, Ruy Pérez Tamayo, Manuel Peimbert, Eduardo Matos Moctezuma, Diego Valadés. A todos ellos me unen lazos de afecto y admiración por su trabajo en defensa de la lengua como uno de nuestros más altos patrimonios; por encontrar senderos para aliviar al prójimo; por hermanar la ética y la estética en el diario combate por la vida, ya en el espacio donde palpan las estrellas, ya en las entrañas del planeta. Mi especial reconocimiento al centinela del Templo Mayor, por su respuesta a mis palabras.

Ser parte de El Colegio Nacional, según la sabia observación de Pablo Rudomín, no significa el fin del

camino sino apenas su principio. Quien contribuye a fortalecer el conocimiento sabe que la página escrita mañana o el futuro hallazgo en el laboratorio aspiran a tener menos imperfecciones que los descubrimientos de ayer. Los ritmos de la creación y la investigación en cada uno son diferentes e imprevistos, pero el pensador auténtico sabe que la tarea no termina y está siempre postergada. Concluido un deber, nos espera el estímulo del siguiente: es preciso construir toda la casa con la misma precisión del albañil al levantar un muro. Lo dijo Agustín Yáñez, también ilustre miembro de esta corporación: “Cuando escribo coloco ladrillo sobre ladrillo, frase sobre frase, párrafo a párrafo, capítulo a capítulo, sólidamente”.

Doble honor es estar en el sitio ocupado apenas ayer por Rubén Bonifaz Nuño y José Emilio Pacheco, maestros tan próximos, hermanos mayores en todos los sentidos. Estar en el mismo sitio, sí; sustituirlos, nunca. Ambos son excepcionales seres de creación, modelos para el porvenir. Dotaron a México de una dimensión universal. Desconfiaron de las palabras y las templaron en la hoguera del rigor y la belleza. De modo natural creyeron en la verdad y la justicia. Por todas esas razones su

pensamiento permite seguir hablando con ellos, aprender de su lección generativa, inagotable.

En el artículo segundo de su decreto de creación puede leerse que uno de los propósitos de El Colegio Nacional es “fortalecer la conciencia de la nación”. ¿Cómo pueden contribuir la poesía y el poeta a esta finalidad práctica? Alí Chumacero dejó claro que los poetas “no son ciudadanos recomendables para disponer de algo más que de su propia conciencia”. Pero el joven que a los 22 años publicó *Páramo de sueños* era consciente de que la rebeldía y la inconformidad son inicio obligatorio para que el trabajo invisible y constante del poeta sea tan vital y exigente como el del médico y el abogado.

“Fortalecer la conciencia de la nación”. Se fija y se mantiene ardiente la llama de un país cuando sus integrantes la animan con la provocación y el cambio. El pensamiento crítico es incómodo para el Gran Hermano, y no hay obra de arte ni hallazgo científico sin perturbación. A lo largo de la historia de El Colegio Nacional y en su divisa “Libertad por el saber” se demuestra el poder del discurso de las letras sobre el discurso de las armas. Más idealmente, las armas y las letras concertadas en un solo, invencible argumento.

Rubén y José Emilio honran a El Colegio y honran al país que los vio nacer. Solicito la venia de El Colegio Nacional para desarrollar cursos que analicen los trabajos y los días de ambos autores. Igualmente para dedicar otra parte de mis tareas a nuestra renaciente Ciudad de México. La ciudad que lleva en su nombre las seis letras no repetidas y siempre pronunciables del país que somos; la ciudad como máquina del tiempo donde mejor pueden examinarse los caminos paralelos y divergentes de la Historia y la Literatura; la ciudad como gran acumuladora de vidas más reales por ser imaginadas; la ciudad como mujer nutricia o devoradora; la ciudad en sus mujeres, desde la muchacha que rumbo al trabajo emprende su gesta cotidiana hasta la mujer dormida que conserva el nombre otorgado por los primeros mexicanos; la ciudad y sus imágenes, desde las pintadas por tlacuilos sobre papel amate hasta su actuación cinematográfica en la época de oro; la ciudad de la gran década nacional, cuando sus hombres de leyes, armas y letras cimentaron nuestro nacionalismo, nuestra existencia soberana.

La ciudad y sus poetas, con las escrituras que consuman la epifanía. Poeta no es solamente el hacedor de versos, sino quien consagra su energía a perpetuar la iluminación del instante o a levantar edificios verbales inmunes al paso de los años: Carlos Fuentes al celebrar en varias de sus páginas la diaria ceremonia del amanecer en la infame y milagrosa región más transparente; Fernando del Paso al dar testimonio de la polifonía urbana a través del mendigo que camina las calles en compañía de su perro; Gonzalo Celorio, autor de la afortunada metáfora *Ciudad de papel* para todos quienes han contri-

buido a edificarla con palabras; Vicente Leñero al observar la luz que se apaga tras la jornada laboral de su vecino, o la ventana iluminada de sor Juana Inés de la Cruz en el convento de San Jerónimo, evocada por Genaro Estrada en breve y perfecta prosa; la lectura de las azoteas emprendida por Valeria Luiselli; Ignacio Solares al hacer la odisea de quien prefiere imaginar la ciudad prohibida antes que destruir su sueño; Eusebio Ruvalcaba, que en su taller de reclusos encuentra otras formas de escribir la palabra *libertad*; la fascinación y el terror del personaje adolescente de José de la Colina a punto de recibir la zarpa de la pantera; la pesca que Cristina Pacheco hace en el mar de historias de una ciudad que todas las contiene; la pasión inteligente de Ignacio Padilla al hacer la relación fragmentaria y puntual del terremoto de 1985; Bernardo Esquinca al develar con su prosa hechicera rincones ignorados de la ciudad fantasma.

II

Historiador mayúsculo de nuestras letras, José Luis Martínez dedica el último capítulo de su libro *La expresión nacional* a enumerar los trabajos pendientes para su mejor conocimiento. El ensayo está fechado en 1950, cuando el humanista en ciernes tenía 32 años de edad. De entonces a la fecha numerosas son las obras llevadas a cabo de manera individual y colectiva, cuyo objeto es llenar esos vacíos. Digna de mención es la *Enciclopedia de la literatura en México*, sostenida fundamentalmente por jóvenes menores de treinta años desde la Fundación para las Letras Mexicanas.

Esta lección inaugural es una hipótesis de trabajo y demanda futuro desarrollo: un viaje al país de los años verdes, donde todo se decide, con atisbos a otro dominio aun más lejano en el tiempo y el espacio: el de la infancia donde la alquimia es aun más sutil pero sus consecuencias, definitivas. Un viaje cada día más lejano y paradójicamente más próximo. Imágenes pretéritas vuelven impetuosas a tocar a la puerta, a recordar la necesidad de ser otra vez “la frente bárbara del niño” o un adolescente “sin Baudelaire, sin rima y sin olfato”.

En su memorable discurso de ingreso a El Colegio Nacional, Juan Villoro concluyó con la caminata nocturna de Ramón López Velarde por estas calles del Centro. El jerezano fue el primero en reivindicar el linaje del hombre solo. Ramón fue siempre joven y su poesía nació para la eternidad. He aquí una de las grandes paradojas del trabajo creador: hay quienes —tocados por el síndrome de Mozart— tempranamente ejercen todo su talento. Otros mantienen ese ritmo creciente a lo largo de una prolongada existencia.

Nadie tan solo como el joven. Nadie tan acompañado, aunque lo pueblen ausencias y fantasmas. En el

último año de preparatoria, entre otros asistentes, el muchacho que yo era llegaba a escuchar las lecciones de Octavio Paz en este antiguo colegio de la Enseñanza, antes de que lo dotara de luz y espacios para otro siglo el arquitecto Teodoro González de León. Al enorme prestigio intelectual de Paz se unía la autoridad moral obtenida por su renuncia a la embajada de la India a raíz de los acontecimientos de 1968. Al extenderle mi ejemplar de *Libertad bajo palabra*, el poeta lo inscribió con generosidad espontánea. Sus palabras, sabias y aladas, me otorgaban fuerza y plenitud inéditas. Cruzaba la Plaza Mayor, torturado por el verso encontrado en Xavier Villaurrutia “de ser o no ser realidad”, y la certeza de que *la vida está en otra parte*.

Fue la época en que Octavio Paz escribió el “Nocturno de San Ildefonso”, hecho suyo por todo el que tuvo su segundo y verdadero nacimiento entre los arcos de piedra del antiguo colegio. En ese mundo acotado existió durante muchos años una sola preparatoria, un solo edificio, corazón de la juventud dueña de la vida. De ahí que cuando Paz vuelve al sitio donde poesía, revolución y erotismo integraban una sola trinidad ardiente, escribe las palabras:

El muchacho que camina por este poema,
entre San Ildefonso y el Zócalo
es el hombre que lo escribe

Paz utiliza el verbo *caminar*, esa poderosa forma de ejercicio espiritual que llevó a los jóvenes Fausto Vega, Rubén Bonifaz Nuño, Jorge Hernández Campos y Ricardo Garibay a recorrer la Ciudad de México de los años cuarenta desde el barrio de San Cosme hasta el de San Ángel, a fortalecer en esas caminatas su soledad, sus lecturas, sus amores. *El joven aquel*, escribe Garibay en la novela donde a partir de su experiencia sintetiza la de aquella juventud.

1941 fue el segundo año de preparatoria. Fue puntualmente durante trescientos sesentaicinco días el júbilo y el calvario. La escuela se hizo el gozo de vivir y la aridez... Hace frío y yo me cubro apenas con un suéter ralo y no tengo frío, y no he desayunado y no tengo hambre...

Cuando se hace del trabajo creador eje principal de la existencia, lecturas obligadas son aquellas que examinan los afanes del joven. Pablo Neruda evoca su fiebre ante las páginas del *Juan Cristóbal* de Romain Rolland; con la misma pasión acudimos a la pregunta sin respuesta en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* o a las *Cartas a un joven poeta* de Rainer Maria Rilke; a *El diablo en el cuerpo* de Raymond Radiguet; a *El juguete rabioso* de Roberto Arlt; a *Los niños terribles* de Jean Cocteau. James Joyce puso todas las cuerdas en su sitio al consa-



Principio del camino

gar su primera novela, desde el título, a la anatomía del joven artista, como también lo hizo Marcel Proust en las páginas de *Jean Santeuil*. Jack London demuestra en *Martin Eden* que el trabajo creador demanda constancia y resistencia contra la estéril lobreguez de uno mismo y sobre todo contra el señuelo que permite distinguir entre éxito y victoria.

El sol incandescente y ejemplar lleva por nombre Arthur Rimbaud, adolescente que al herir mortalmente a la poesía, la hizo más grande y nueva al obligarla a caminar por delante de la acción. Entre otras muchas cosas nos enseñó que el cobarde huye y el valiente abandona. Sólo entonces puede ostentarse el orgulloso título de *El abandonado*, tras dar la media vuelta, soberbia y definitiva. Así es como puede escribir Gilberto Owen:

Yo en altamar de cielo,
estrenando mi cárcel de jamases y siempres.

Dos poetas decisivos para la forja de nuestra moderna tradición dejaron testimonio de su entrada en un dominio incierto y total. Luis Cernuda en “Historial

de un libro” y el citado Neruda en las páginas iniciales de sus memorias. Con el título “Infancia y poesía”, demuestra la equivalencia de ambos términos. Infancia es poesía porque no hay intermediario entre el milagro y quien lo experimenta. Dice José Emilio Pacheco en estos dos fragmentos de *Jardín de niños*, escritos para el libro-objeto del mismo título con Vicente Rojo:

Pero el niño reinventa las palabras
y todo adquiere un nombre. Verbos actuantes,
muchedumbre de sustantivos. Poder
de doble filo: sirve lo mismo
a la revelación y al encubrimiento.
[...]
Como un poeta azteca o chino,
el niño de dos años se interroga y pregunta:
—¿A dónde van los días que pasan?

La memoria infantil es prueba de la convivencia con un reino donde imaginación y realidad, deseo y consumación carecen de fronteras. Sólo mediante la experiencia es posible la vuelta a la inocencia, al encuentro inicial con el misterio. El nacimiento a la poesía debe tener la fuerza instantánea del relámpago: furia y fulgor al mismo tiempo. Trueno y despertar. La irrupción del prodigio no puede ser ni frágil ni predecible: es hiperbólica, intempestiva y permanente.

El tiempo es enemigo de la eternidad y volvemos a ella mediante la creación: raptó erótico en el sentido más amplio del término: explosión de vida, manifestación espontánea del atisbo a lo absoluto. Jaime Torres Bodet lo sintetiza en sus memorias infantiles: “Un ansia de ser me oprimía el pecho materialmente, como si el corazón me hubiera crecido mientras soñaba”. La revelación está dada en los primeros años. Lo siguiente es disciplina y cultivo de la fuerza.

Luis Cernuda expresa la radical metamorfosis: “una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera”. Un niño mexicano llamado Octavio Paz vivía una experiencia similar al otro lado del océano: “Una tarde, al salir corriendo del colegio, me detuve de pronto: me sentí en el centro del mundo. Alcé los ojos y vi, entre dos nubes, un cielo azul abierto, indescifrable, infinito. No supe qué decir: conocí el entusiasmo y, tal vez, la poesía”.

La palabra *Juventud* da título a dos novelas. Una publicada por Joseph Conrad en 1898 y otra de J. M. Coetzee aparecida en 2002. Un siglo las separa. El genio de ambos autores las hermana. En el primer caso se trata de un joven de veinte años en su primer viaje marino al Oriente; en el segundo, otro —acaso el mismo— llega a Londres para enfrentarse a la poesía, la ciencia y el amor. Escribe Coetzee: “Lo que habrá de curarlo, si es que tiene que llegar, es el amor. Puede no creer en Dios pero sí en el amor, en los poderes del amor”.

En alguna ocasión, nuestro Francisco Hernández afirmó que no hay droga más poderosa que el amor. Sus palabras se acendran en el acaso más breve y estremecedor poema amoroso de nuestra lengua. Sintagma y paradigma cortan con la misma velocidad y precisión:

“Amortajados”

Amor
Taja
Dos

Desde Tristán e Isolda hasta la canción ayer compuesta para acompañar los afanes del día en el transporte público o en la fonda de barrio, el amor es la droga invisible que otorga al mismo tiempo esclavitud y libertad.



© Jorge Vértiz

San Ildefonso

¿Qué es ser joven? Si bien la juventud ha sido motor del cambio, como examinan los autores de *Historia de los jóvenes*, bajo la dirección de Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt, el concepto ha variado con el paso de los años. Cuando sor Juana Inés de la Cruz figura como *décima musa* en la edición de 1689 de *Inundación castálida*, tiene 38 años de edad y ya es autora de los poemas que continuamos leyendo como si acabaran de ser escritos. Carlos de Sigüenza y Góngora tenía 23 años al ver publicado su poema *Primavera indiana* y 47 al rescatar de las llamas archivos y pinturas del Ayuntamiento. Ya no era un hombre joven para los cánones de ese tiempo pero su actitud es la del joven que entrega todo a cambio de nada; nada a cambio de todo.

Luis Villoro sitúa el uso y la práctica del término *revolución* en el siglo XVIII, cuando surge una nueva actuación de la juventud. E inclusive de la infancia. Los Saint-Just y los Gavroche se apoderan de la tribuna y de la calle, convierten en protagonista a la primera persona. No hay revolucionario que muera en su cama, dice el primero. El segundo demuestra en las barricadas la contundencia de la frase. El romanticismo hereda y consagra esa alteración del tiempo y el espacio. El año 1836, en nuestro mexicano domicilio, un grupo de muchachos se reúne para fundar la Academia de Letrán. Uno de ellos dará testimonio escrito de la ceremonia que hacen al constituirse y cómo reciben, escribe textualmente el joven, la visita de un anciano encorvado de nombre Andrés Quintana Roo, quien entonces tenía 48 años de edad. Sin embargo, también le correspondió ser precoz luchador de la Independencia cuando a los 19 años era secretario del general José María Morelos. La generación liberal ejerce esa misma capacidad prematura: a los 13 años, el huérfano Guillermo Prieto trabaja y vive en Palacio Nacional, puberto como el niño zapoteca que cruza la sierra de Oaxaca para escapar de la ignorancia oprobiosa; Francisco Zarco es a los 18 años oficial mayor del entonces Ministerio de Relaciones Exteriores. En los escasos periodos que les deja libres la inevitable participación en el servicio público, el campo de batalla o el terreno parlamentario, nuestras plumas encuentran significados duraderos para un país en todos los sentidos despojado. El doctor José María Luis Mora medita sobre las dos edades en este fragmento rescatado por José Luis Martínez: “La juventud impaciente vuela de uno en otro placer... Las ciencias solas son las que sirven en todas las épocas de la vida, en todas las situaciones en las que podamos encontrarnos”.

Las palabras anteriores pertenecen a las *Obras sueltas*, publicadas en 1838, cuando su autor tiene 44 años, pero a los 25 había recibido el encargo de redactar el *Semanario político y literario* a la entrada del ejército trigarante.

El año del triunfo de la República que el próximo llegará a su sesquicentenario, el coronel Ignacio Manuel Altamirano tiene 33 años y se siente viejo. Concluida la lucha armada, otras formas de acabamiento amenazan a nuestros poetas: el integrante más joven de *Revista Moderna* y responsable de su número inicial, José Bernardo Couto, no llegó a los 21 años de edad. Su personalidad y sus visiones lo hacen un autor cada vez más buscado por nuevos y numerosos lectores. Manuel Gutiérrez Nájera fue un infatigable galeote de la pluma que en su temprana muerte a los 36 años vio cumplirse la consigna de una estrofa de nuestro patrimonio espiritual, que bien puede vestir el traje de luces del danzón o del bolero:

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

Más cercano a nosotros en tiempo y expresión, López Velarde hace eco a la profecía en él también cumplida:

Señor, Dios mío: no vayas
a querer desfigurar
mi pobre cuerpo, pasajero
más que la espuma de la mar.

Los jóvenes que fueron algún día lo son toda la vida. Los iniciadores del siglo XX son rebeldes aunque su labor ascendente, constructora e institucional en el tiempo nos lleve a olvidar que alguna vez fueron jóvenes: a esa intensa inconformidad se deben las páginas de *Ulises criollo*; la mutilación que da como resultado la más grande oración paterna de nuestras letras; la antorcha portada por el joven Martín Luis Guzmán en pleno Porfiriato lo llevará a ser el más alto novelista de su tiempo. Aquella generación incorporó el término *juventud* a su Ateneo, como testimonio de que lo nuevo era un grito de guerra y una forma de reivindicación.

Los movimientos de vanguardia postularon que el mundo naciera con su propia aventura. *Soberana juventud* titulará Manuel Maples Arce a su libro de memorias, aparecido cuando el poeta ha domesticado su fiebre estridentista. No lo acompañaron en esa rendición Arqueles Vela y Germán List Arzubide, fieles hasta la muerte a la heterodoxia de sus años mozos. Lo importante es que el epíteto no sólo exalta al sustantivo *juventud*, autónomo en su desnudez, sino enfatiza la inquietante noticia de esa temporada donde la soberanía se entiende como el dominio de sí mismo: ser nuestra propia riqueza. Podemos compartirla y quedarnos aparentemente sin ella. Sufrir derrotas que a la larga son las mejores victorias: sólo el tiempo demuestra la magnitud,

los beneficios y alcances obtenidos gracias al honor de ser vencido. Juan Rulfo, ese gran creador que todo lo hizo en su juventud, afirmaba que lo más importante del mundo es la tranquilidad. Puede ostentarse ese lujo cuando se está de vuelta de todos los combates, cuando se ha tenido valor para ser arrastrado por la ola de la gran pasión que nos está destinada.

Xavier Villaurrutia lo asentó en frase lapidaria: “Un escritor deja de ser joven cuando comienza a escribir lo que hace, en vez de escribir lo que desea”. En una misma generación, los autores tienen distintos procesos creativos. Un ejemplo: Carlos Pellicer y José Gorostiza. Sus pasos infantiles tendrán por escenario las mismas calles y el mismo cielo de San Juan Bautista de Villahermosa. Habrán de librar batallas semejantes contra sí mismos y contra la mezquindad de su entorno. Sin embargo, sus armas para el combate perdurable, el de la poesía que vence al tiempo, serán tan diferentes como sus personalidades. Discreto, interior, de pocas palabras, José Gorostiza; solar, Narciso y desbordante, Carlos Pellicer. Uno traza cuidadosamente en el papel las notas que conformarán su futuro poema sinfónico, consciente de que la poesía es arte de sustracción y reticencia; otro inunda cuadernos y hojas sueltas con versos desbordantes que desde su primer trazo parecen confirmar la existencia de la inspiración, el ángel y el milagro.

En siglos anteriores el promedio cronológico y la calidad de vida eran menores que ahora, pero es preciso tener en cuenta que en la segunda mitad del siglo XX a los 32 años Salvador Elizondo escribe *Farabeuf* para transformar radicalmente las formas de narrar; a los 33 años, Bonifaz da a la luz *Los demonios y los días*: otorga voz al hombre de la calle y hace entender que los armados son los que nada tienen; a los 31, Juan José Arreola publica *Varia invención*, cuyo título constituye la poética de la feliz promiscuidad genérica; a los 25, Rosario Castellanos defiende su tesis sobre la educación femenina, la misma edad a la que Jaime Sabines irrumpe con la feroz ternura de su libro *Horas*.

Un día de 1928 un joven poeta vela las armas. Le han sido entregados ejemplares de su primer libro de versos. La ciudad es Sevilla. El poeta, Luis Cernuda. El libro, *Perfil del aire*. Cada nuevo libro es como el primero, pero nada se parece al temblor inicial de sentir el pensamiento transfigurado en letras. Tras haber incidido en el cuerpo del lenguaje, las palabras se incrustan con tinta en la blancura. Guadalajara, enero de 1983. Un poeta de 24 años mira la cubierta de su libro y lee como si fuera de otro el poema que lo inicia:

Es de madrugada,
la lluvia persiste sobre la ciudad
con su danza sigilosa.
Clarea, tú duermes y las nubes

lejos de tu sueño se dispersan.
No despiertes aún,
yo he pasado por ti la noche en blanco.

La ciudad, la mujer y la poesía son una sola creatura a la que Jorge Esquinca se ha mantenido fiel. Con el paso del tiempo el poeta descubre “un diapasón más vasto” y que es necesario “comenzar por lo que no se ve”. El primer libro es tan misterioso como los caminos de la creación. Nueve años tardó el joven Efraín Huerta en llegar a la edición príncipe de *Los hombres del alba*, en 1944.

No se escribe para los jóvenes pero ellos son los mejores jueces y lectores, los más proclives a acudir al conjuero del desastre. El año 1969 apareció la primera edición de los *Cármenes* de Cayo Valerio Catulo. Rubén Bonifaz Nuño trajo a la modernidad a un poeta que en el siglo I sintetizó en dos versos la condición humana:

Odio y amo. Por qué lo haga, preguntas acaso.
No sé. Pero siento que es hecho, y me torturo.

Quienes en esos tiempos nacíamos a los poderes de la poesía, reconocimos la dualidad acendrada en tiempos de pasión. A la exigencia de su traslado a nuestra lengua, el poeta y traductor añadía un estudio introductorio. En este caso se trataba no sólo de iluminaciones sobre la vida y la obra de Catulo, sino de la biografía de una colectividad que vio en la toma de la calle y el nuevo ejercicio de la libertad una justificación para sus combates. De ahí que las primeras palabras del citado prólogo constituyan una poética generacional:

Toda juventud es sufrimiento. Asomado al mundo con la plenitud voraz de sus propias herramientas sensuales, el joven, como si hiciera uso de una prerrogativa indudable, pretende apoderarse de él, mediante un esfuerzo inútil de antemano, y fracasa... hasta que la misericordia del tiempo lo apacigua con la resignación, con la sabiduría o con la muerte.

De la conclusión del maestro Bonifaz, elijo la palabra *sabiduría*. Sobre ella descansan las ansias sin apagarse; la energía, sin agotarse; la voluntad, sin doblegarse.

Heredero de esa amorosa rabia es un libro que marcó a fuego a mi generación. Me refiero a *El tigre en la casa* de Eduardo Lizalde. Se trata de un libro para jóvenes porque el tigre es, como cualquier adolescente que se respeta, un enorme animal por dentro y fuera, dando golpes de ciego, tirando dentelladas en un mundo donde la vida está pendiente.

Un gran poema ¿se construye o nos construye? Inicialmente nos destruye al poner en duda todo cuanto antes concebíamos de la creación verbal. Cuando finalmente David Huerta dio a la luz el libro *Incurable*, que

en este nuevo siglo seguiremos admirando, leyendo y descifrando, llevaba a la práctica la maximínima escrita por el irreverente y sabio cocodrilo Efraín Huerta:

Sólo
A fuerza
De Poesía
Deja uno
De ser
Un poeta
A fuerza

Con todo, hay un instante de peligro que acecha a los creadores. La aparición de ese muro tiene lugar casi siempre al fin de la primera juventud, cuando se tiene toda la energía pero sobreviene una particular forma de aridez. Aparecen entonces los ángeles de sombra, la escisión cuando el ser que nos contempla en el espejo es un antagonista y el impulso inicial desemboca en un limbo donde el poeta descubre que *se cansa de ser hombre*. Octavio Paz lo resume en el umbral de uno de sus libros seminales, *¿Águila o sol?* El poeta debe elegir entre el silencio y la palabra:

Ayer, investido de plenos poderes, escribía con fluidez sobre cualquier hoja disponible: un trozo de cielo, un muro (impávido ante el sol y mis ojos), un prado, otro cuerpo. Todo me servía: la escritura del viento, la de los pájaros, el agua, la piedra. ¡Adolescencia, tierra arada por una idea fija, cuerpo tatuado de imágenes, cicatrices resplandecientes!

Ese ayer puede ser evocado en distintos momentos. Paz lo hace a sus 36 años, cuando aún es joven pero ya hace suya la pesadumbre de la historia. Por su parte, Bonifaz lo inscribe en uno de sus libros de madurez, *As de oros*:

Yo amé, se hace insigne en mi memoria,
el honor del peligro; el alma
de gozosas herramientas: nervios
de espadas, sangre destellando
por el codo abajo, resquebradas
corazas. Yo amé los oleajes
sórdidos de la noche; el viento
donde enraiza el árbol de los hombres
y el vuelo sabe a trizas de oro.

El doctor Bonifaz evoca los años de la infancia y adolescencia heroicas del muchacho Rubén, que por fortuna lo acompañaron toda su vida. La congruencia, la lealtad y la victoria sobre uno mismo no son tarea fácil. José Emilio Pacheco lo dijo de manera devastadora: “ya somos todo aquello / contra lo que luchamos a los veinte años” y más aun cuando rescató la frase de que la ni-

ñez es miserable porque toda la maldad aún está por delante. José Emilio creía en ambas ideas pero también en esa forma de plenitud que es darse a los otros. Plenitud y no felicidad. La felicidad es para los superficiales, a largo plazo perdedores.

Todo es para mañana y el enemigo nunca deja de estar frente a nosotros, dentro de nosotros. *Yo es otro*. Más que un obstáculo, es una *espuela para demorar el viaje*, según demuestra Ernesto Lumbreras. El hombre de hoy tiene más horas de vuelo que el muchacho de ayer: no por eso sabe más. Pero sin la suprema lección del tiempo no podría *pararse a contemplar su estado* y dar cuenta, a través de su propia experiencia, de cumbres y abismos de este mundo.

III

El muchacho que camina por este poema,
entre San Ildefonso y el Zócalo,
es el hombre que lo escribe



El viento donde enraiza

© Jorge Vértiz



Ladrillo sobre ladrillo



Volcanes

¿Cómo se logra la fidelidad a ese muchacho? Una canción de Lennon y McCartney, con la cual crecimos varios de los que aquí nos encontramos, se titula “This boy”. Aquí estoy, con mis ansias enteras y mi devoción intacta. Pero la composición también alude a *that boy*. La dualidad del que ama y de quien espera ser amado es también la del adulto que se busca en la incondicional entrega de ese joven, sediento de todo y nunca saciado.

Quienes tenemos el privilegio de estar cíclicamente en el aula contamos con un juez y un defensor infalibles: el alumno que con su ejemplo nos obliga a sentir y pensar doblemente. Obras de jóvenes ya están fundando este siglo XXI y un día próximo, en este mismo recinto, estarán los autores de libros decisivos como *Los ingrátidos*, *Canción de tumba*, *Me llamo Hokusai*, *Hasta aquí* o *Mudanza*.

Una de las grandes obsesiones de Oscar Wilde era el paso del tiempo. Cada día de su cumpleaños, como forma de exorcismo, vestía de *temible luto ceremonioso*, y sentenciaba: “Todos nacemos reyes, y la mayor parte muere en el exilio, como los reyes”. De modo natural envejecemos y el mundo es cada día más joven que nosotros. Pero podemos combatir y vencer la soledad o aprender a vivir en ella, con su hermano el silencio. El secreto no es ser joven sino mantener la juventud, la inconformidad ante la idea que no prospera, la frase mal articulada, el proyecto superior al pensamiento.

A tu vejez solar llego ceñido
del laurel invisible de ser joven

Son versos de Carlos Pellicer en “La oda a Díaz Mirón”. El poeta de treinta años se aproxima a la senectud solar e irradiadora de quien ya vive en la inmortalidad y formula una de sus mejores metáforas. Gracias al trabajo creativo, reverdece “el laurel invisible de ser joven”. No la juventud forzada y patética, sino la juventud acumulada que demuestra Miguel León-Portilla, capaz de planear ahora la traducción de *huehetlatolli* inéditos, con la misma sabia pasión con que su joven madurez dio a la luz *Trece poetas del mundo azteca*; la capacidad acendrada en la diaria, libre y siempre nueva llegada al laboratorio, como escribe Ruy Pérez Tamayo en ese pequeño gran libro titulado *Diez razones para ser científico*.

El muchacho que traspasaba el umbral de este Colegio Nacional nunca pensó en estar ante ustedes, muchos años después, en este mismo espacio y en esta circunstancia. Pero siempre ha querido mantenerse fiel a los apetitos e ideales de entonces. Lealtad y gratitud particulares a ese joven talabartero que trabajaba hasta las altas horas, malnutrido pero alimentado por una luz más invencible que su hambre. Obligación de quienes a la palabra nos debemos es ofrecer visiones panorámicas, desbrozar el camino y hacer más vasto el horizonte.

En la plenitud de sus poderes, Rubén Bonifaz Nuño escribió: “...recuérdame / tal como fui al cantarte, cuando era / yo tu voz y tu escudo, / y estabas sola, y te sirvió mi mano”. Son versos dedicados, naturalmente, a una mujer. Pero también a la poesía, la nación y la tierra, todas verdades femeninas, honradas y enaltecidas en las palabras del poeta. Invoquemos esa bandera para escribir los días por delante. Si logramos hacerlo, se habrá cubierto la mitad del camino.